El retorno del ogro (Cap. 1,2 y 3)

Miguel Ángel Cadena

Capítulo 1

CAPÍTULO 1: Primer contacto

En una mano sujetaba una copa y en la otra la mano de una chica. La acariciaba con leves movimientos de pulgar mientras le lanzaba miradas traviesas. Se habían conocido esa misma noche y la química de dos completos desconocidos flotaba en el aire. Cuando la copa se acabó grabó el número de la chica en el teléfono y se marchó. Faltaba hora y media para que amaneciese. No se despidió sin antes concertar una cita para el día siguiente.

Salir del bar, acogedor con su calor y bullicio, fue un duro golpe que le vino con un soplo de aire frío. No llevaba ninguna chaqueta, sólo una camisa. Se dio cuenta de que había bebido mucho, otra vez. Bajó las escalerillas hacia la calle meciéndose con cada paso que daba, las calles eran una realidad en la que no pensaba nadie hasta que se veían en ellas. Caía rocío y se le humedecía el pelo, se le enfriaba la punta de la nariz y respiraba con mayor dificultad, se preguntó por qué no habría cogido la maldita chaqueta que siempre colgaba en el perchero. Todo estaba vacío, ni una sola persona pasaba a esa hora, imperaba el silencio excepto por algún que otro aullido y los pocos coches que pasaban a toda velocidad. Las aceras estaban iluminadas sólo donde enfocaban las luces de las farolas, luces potentes que le molestaban, por eso las rodeaba. En una esquina estaba tirado un hombre que lucía un aspecto que delataba su condición, estaba borrachísimo, no mucho más de lo que lo estaba él. Cualquiera habría cambiado de acera para evitarlo, pero no lo hizo, no le temía, pensaba que si algo llegase a suceder tendría ventaja sobre él por su altura y anchura. Al pasar a su lado el vagabundo le habló.

-Oye amigo, dame algo para tomarme un trago, la noche todavía no ha terminado- alzó una lata abierta que al agitarla hacía que chocasen las monedas que había dentro.

-Vete al carajo – respondió mientras pasaba de largo con las manos en los bolsillos.

Rompió en una risa explosiva que partía la noche en dos, el mendigo fue ahogándose en su carcajeo hasta que se dejó de oír en la lejanía. La extrañeza de la situación le hizo pensar en las situaciones tan peculiares que acontecen cuando la ciudad duerme, como si se despertase en los individuos una locura reprimida. Se enderezó frente al portal del piso corrigiendo la firmeza en su postura por si alguna anciana madrugadora se le cruzaba en las escaleras. Sacó la llave de casa de su bolsillo y tras tres torpes intentos la consiguió encajar en la cerradura. Le recibió una tibia temperatura hogareña que se mezclaba con el característico olor de los cigarrillos apagados, pulsó el interruptor del salón y lo vio todo tal

como lo dejó, tal como solía estar siempre, con el revuelo de pantalones y camisetas tiradas en el respaldo del sofá, botellas y cartones sobre la mesa con pequeños restos de comida bajo la misma y una pila de platos por fregar en la cocina. Fue directo al cuarto de baño para lavarse las manos con agua caliente y mitigar el frio de la travesía, aunque antes de eso orinó, y la gran cantidad de licor digerido transparentaba el líquido hasta parecer salido de un grifo. Antes de secarse con la toalla se mantuvo frente al espejo midiendo su reflejo nebuloso, el lugar predilecto al que dirigirse cuando se llega a casa siempre será para un borracho el espejo. Se paró en observar sus ojos con un detenimiento médico, siempre le había gustado su color verde salvaje, era el principal atractivo para las mujeres que se perdían en una mirada intencionada, junto con sus rizos suaves de azabache y su piel tostada terminó por examinarse la cara por completo. Ya en su cuarto cerró la puerta y se sentó frente al portátil en un intento fútil de buscar la inspiración, como muchas otras veces, en una imaginación impregnada de alcohol. La escritura había sido para él un refugio para eludir el golpe de realidad constante del que ya rehuía en más de una ocasión. Llevaba tiempo en un bloqueo indefinido de ideas, ninguna era buena para él, comenzaba a escribir durante dos días y al término de los mismos desechaba el trabajo y volvía a empezar de cero con otra idea más reciente. Escribía por la simple razón de hacerlo, a veces sin planes claros iniciaba perfilando una historia que acabaría sin finalizar, y así lo llevaba haciendo desde que comenzó el estancamiento el mes anterior. Miró la carta cerrada de su mesilla como si en ella fuese a encontrar la inspiración sin siquiera haberla leído. Muchas veces había sopesado el abrir la carta, pero si resistió todos estos años fue porque todavía existía un destinatario y hasta que no fuese así debía de mantener la palabra que se hizo él mismo. Frustrado de tanto dar vueltas a tramas infructuosas decidió desvestirse a los veinte minutos de comenzar, antes de que despuntase el sol. Se desabrochó los botones de la camisa, quitó la correa y se bajó los pantalones, colocó las prendas lo mejor que pudo encima de la silla del escritorio y se tumbó en la cama, no se percató de lo mucho que la echaba en falta hasta que se vio sobre ella. Anidó bajo las suaves mantas y un cansancio repentino lo pulverizó, los parpados se abrían y cerraban con una intermitencia más breve cada vez hasta que el colchón acabó por succionarlo hacia dentro para acabar flotando en un espacio de nada. Se sintió como una hoja mecida por el viento, sin origen ni rumbo, pero por desgracia su vuelo se vio interrumpido por un inesperado aterrizaje. Despertó y se vio barrido por un fuerte viento frente al muro interminable que resguardaba una iglesia. La oscuridad se extendía todavía por el manto estelar sobre su cabeza, solo que en esa noche no había estrellas. No había guía ni camino pero comenzó a andar hacia delante siguiendo la larguísima pared con su travesía alumbrada por lámparas, si bien perseguía su final como un perro fiel el final no llegaba. Doblaron las campanas en un estruendo que tapaba el siseo en el aire, clamaban con una voz metálica endulzada, aterrorizando cada vez más al chico que ahora en vez de andar corría pavoroso por si las campanas doblaban por él. El estruendo se hizo insoportable, hasta el punto que se

vio obligado a taparse las orejas. Se giró hacia el campanario pero lo que descubrió en la muralla le sorprendió mucho más de lo que podía presentir, a lo largo de la fila de ladrillos apilados se hallaba extendida una sombra que debía suponer que se trataba de la suya, los atronadores campanazos cesaron y fueron sustituidos por un sonido crujiente que reproducía la sombra al comprimirse. Su silueta terminaba plasmada con total fidelidad a su cuerpo, aunque por supuesto presagiaba que algo debía de fallar. La imagen se agitaba adoptando una forma inidentificable, se despegó de la pared con un sonido asqueroso y la sombra adoptó carne. Una masa amorfa sujeta por dos piernas, amoratada y negra como si la hubiesen apaleado, se movía con espasmos palpitando todo su torso, parecía que en algún momento dado fuese a reventar. Se acercaba con esfuerzo, pues daba la impresión de que la existencia de aquella criatura era dolorosa y si tuviese boca proferiría gritos sobrecogedores, en su lugar se escuchaba un bombeo hueco. La idea de que esa masa horrenda llegase a alcanzarle le producía al joven un miedo hondo así que nada más dar los primeros pasos huyó lo más lejos que pudo de ahí, pero lo perseguía con tenacidad. Buscando desesperadamente una salida llegó a una puerta deseada de tablones de madera destartalados. Ni siquiera rondó por su cabeza la menor duda sobre lo que encontraría al otro lado dado que la criatura le pisaba los talones. Agitó el aro de hierro negro que colgaba sobre la puerta con una ansiedad insólita, sentía al monstruo ya en sus espaldas cuando se abalanzó en una última esperanza sobre la puerta que esta vez se abrió de un tirón haciendo que cayera de bruces al suelo. Tenía las manos manchadas de tierra, unas manos extraordinariamente pequeñas. Se precipitaron gotas de lluvia sobre su espalda, algunas cayeron en las manos y otras en el pelo. Sacudiéndose la tela de los pantalones de pinza reparó en que se encontraba muy cerca del suelo, su altura se había reducido. Levantó la vista y se ubicó en un escenario de recuerdos dolorosos al que todavía acudía en tardes de nostalgia. La lluvia se tornaba más intensa a medida que se aproximaba hacia el peor recuerdo que guardaba en su memoria. Revivía con cada paso la sensación ya muerta de tristeza, no cualquier tristeza sino la más severa que había de sufrir en su vida. Todos allí reunidos presenciaban el avance del niño por medio del pasillo humano que habían formado, todos con rostros imprecisos y turbios, y él, como ya hizo tiempo atrás, fingía no ver las caras porque no le importaban en absoluto, lo que le importaba, lo que le amedrentaba era lo que le deparaba al final. Pero el final siempre llega y tuvo que asomarse una vez más al socavón que resguardaba el ataúd. Ya antes sus mejillas se hallaban rojizas del aguante noble que evitaba la salida a borbotones de las lágrimas, pero al verlo todo esfuerzo era inútil, y qué más daría si incluso las nubes lloraban ese día. Intentaba frenar la tromba de pensamientos sobre lo que escondía el ataúd, la voz interior ahora tan trémula le susurraba advertencias que quedaban solapadas entre el jaleo maldito que sucedía en su mente. Frustrado apartó los ojos de todo lo que le producía pesar y se fijó en una figura a lo lejos, alguien que se giraba de espaldas y se retiraba con su paraguas negro. Corría en pos de quien se marchaba y los charcos de barro

frenaban su carrera cada vez más hasta verse hundido por las rodillas y observar a lo lejos como se le escapaba. La laguna lo atrapaba con su mórbida espesura, intentar moverse era en vano. El engullimiento continuó hasta cubrirle por completo. No podía ver nada, sólo podía sentir un pálpito desenfrenado en el pecho que pensaba que acabaría con él, pero con el pasar de los minutos se dio por vencido, decidido a dejarse llevar sintió un alivio mortecino, no encontraba sentido a seguir resistiéndose a lo inevitable, pero justo antes de decidir su muerte apareció de nuevo en un lugar distinto. Esta vez se percató de que se encontraba en una cueva, encadenado por la pierna a una roca. Trató de soltarse tirando muchas veces de la cadena pero no dio resultado. De manera repentina le sofocó el pensamiento de que alguien lo estudiaba de lejos, una silueta que cobraba apariencia humana cuando se acercaba. Su simple caminar arrojaba potentes oleadas de presión sobre la atmosfera, su presencia era algo sobrecogedor. Ya se le arrimaba de cerca cuando su visión sólo le ofrecía un mundo distorsionado, su cuerpo se encontraba extenuado y su mente flagelada. Se detuvo frente a él con un aura titánica, alzó su mano y la apoyó sobre la frente del hombre que apenas podía mantenerse consciente, una oleada de fuego agostador lo recorrió de los pies a la cabeza y entonces pronunció el nombre del encadenado: Paulo.

Los ojos se abrieron de un latigazo descubriendo su cuarto iluminado por la cálida luz primaveral que entraba por la ventana. Comprobó consolado que se encontraba a salvo de la pesadilla anterior. Escuchó todavía postrado el ruido de los coches en las calles y el ajetreo impreciso de las personas que circulaban. Ya se le había echado la tarde encima como todos los domingos. Con un sabor agrio en la boca y una molestia constante en las sienes se levantó del colchón, estaba derrotado por la resaca mezclada con el mal soñar. Fue arrastrando los pies hasta el baño, todavía descolocado, para agarrar el cepillo de dientes del anaquel y lavarse los dientes con una parsimonia casi ceremonial. Mientras se enjuagaba la boca se encontraba abstraído, esforzándose por entender qué es lo que había soñado. Cuando uno sueña suele ir olvidando a trozos lo sucedido hasta que con el pasar del tiempo se desvanece en el olvido, pero presentía Paulo que no iba a ser el caso de esta pesadilla, tenía la certeza de que quedaría rondando como un eco distante. Preparó la bañera para quitarse los rastros de sudor que aparecieron en la noche y mientras se llenaba curioseó el móvil para entretenerse. Tenía un mensaje de la chica de ayer, Jocelyn, en el que le proponía una cita en su casa a las cuatro y media de la tarde, añadiendo que hablando con él en el bar las horas se le fueron volando y por ello esperaba con ilusión su llegada. Eran las dos de la tarde cuando metió el pie lentamente en el agua, disfrutó cada segundo que pasaba enjuagándose en el caldo templado de gel y espuma. Gozó de un baño relajante mientras calmaba su espíritu repitiéndose a sí mismo que sólo se trataba de una pesadilla. Se secó el cuerpo y salió del baño para prepararse, se encontraba inquieto con la cita a pesar de que la emoción de salir con mujeres que estaban por conocer

hacía tiempo que se atenuó. Notó algo especial en la forma de Jocelyn, algo mágico y magnético. Escogió una camisa azul claro, sus pantalones grises preferidos, unos zapatos negros que compró la semana pasada y para terminar se roció con perfume caro.

No tardó mucho en llegar, la chica vivía a sólo cuatro calles bajando por la avenida. La casa ya le sorprendió por fuera, era grande y de un estilo sencillo que la hacía combinar con las vecinas. Un instante después de pulsar el timbre ya la escuchaba acudiendo con pasos aligerados hacia la puerta, lo recibió con una gracia natural y encantadora que hablaba por ella. El salón se encontraba tras la entrada, espacioso y decorado con mano de mujer, de pocos pero modernos muebles, con un ventanal grande que dejaba pasar la claridad del sol pasando por cortinas de tela blanca y fina, El suelo olía a pino y el ambiente era fresco y descargado. Lo invitó a sentarse en la mesa que se encontraba en mitad de la sala donde había dos platitos para tazas. Fue a la cocina y volvió al minuto con vasos humeantes de café oscuro. Charlaron sobre los temas que dejaron colgados la noche anterior mientras ella mostraba su hermosa sonrisa de dientes perfectos. Se cocinaba una atracción tan repentina para ambos que se sorprendieron para sí mismos. Mientras que ella era abierta y alegre, llena de curiosidad y preguntas para él, Paulo cuidaba las apariencias de hombre reservado y misterioso pese a que lo había cautivado ya su forma de ser. Jocelyn dejaba ver una pureza rara de encontrar, sin barreras ni máscaras, y por ello se sentía bien estando con ella. Un sentimiento simple que sin embargo no encontraba en la gente con la que acostumbraba tratar. No podía parar de admirar su piel de caramelo, su larga melena color pardo, sus profundos ojos de un celeste cósmico, todo era para Paulo una combinación explosiva de sensualidad.

-¿En qué puedes trabajar para permitirte una casa como ésta siendo tan joven?

-Soy compositora, hago canciones para anuncios, películas, y algunas veces lo hago para mí misma- sonrió.

- Vaya, estoy frente a una verdadera artista. ¿Me tocarías una canción? Siempre me han gustado las canciones de piano, y ahí tienes uno muy bonito –Señaló con el dedo un piano pegado a la pared, justo al lado de la ventana.

Vaciló unos instantes antes de decidir sentarse en la banqueta de terciopelo.

-Voy a enseñarte una melodía que terminé hace muy poco, espero que te guste.

Comenzó rozando las teclas de forma suave, luego, con una fiereza apasionada comenzó una melodía profunda, mágica, melancólica, y como

la araña que teje su reino de seda, ella creaba una trémula telaraña que envolvía toda la habitación. La melodía evocaba en Paulo una nostalgia de niñez, la tristeza que encontraba dentro de su corazón se volvía algo romántico. Paseaba perdido en un sembrado de rosas de mayo a medida que crecía en su interior una llama acogedora. Terminó tañendo la última tecla, cortando el último hilo, dejó como colgada en la habitación la hermosa obra que quedó resonando en la cabeza del muchacho por largo tiempo.

-¿Te ha gustado? – Su cara, que se mostraba algo ruborizada, reflejaba preocupación. Para un músico mostrar una sinfonía así era como dejar su propia alma a la vista, le mostró un trocito de su ser.

Al escuchar la pregunta, que para él fue un rumor lejano, volvió en sí.

-Si te soy sincero no me esperaba que fueses tan buena, imaginaba la típica cancioncilla sin fondo ni verdadero talento, pero me has demostrado que de lo último te sobra- puso las manos sobre la tapa del piano y la miró con media sonrisa- Estoy seguro de que llegarás mucho más lejos. De hecho voy a pedirte un autógrafo.

Con una risotada despidió toda la inquietud que la embargaba.

–Bueno, si las cosas me van bien puede que dentro de unos años esa firma valga mucho dinero –Bromeó.

-Tranquila, estas cosas me gusta guardármelas como recuerdo, no la venderé jamás- Sus ojos seguían clavados como una lanza en el iris místico de ella, se observaron perdidos el uno en el otro durante largos segundos. El hechizo los hacía presos hasta que uno de ellos se atreviera a liberarse. Y como un cristal roto el momento quedó arruinado por un golpeteo en la puerta. Jocelyn se levantó en contra de sus deseos.

Mientras esperaba a que terminase de hablar en la entrada apreciaba su contorneada figura erguida, contemplaba curioso la sedosa piel de sus piernas mientras escalaba hacia la silueta de unas caderas que destacaban bajo el vestido verdinegro. En aquel momento supo que no debía de despedirse sin mostrarle su agrado. Minutos después Jocelyn entró cargando una caja pesada, el chico se levantó y le ofreció ayuda dejándola en un rincón.

-Siento haberte hecho esperar, se suponía que el paquete no llegaría hasta mañana.-Miró el reloj que había colgado en la pared, las agujas dividían el reloj en dos mitades marcando las seis del medio día. Al verlo arrugó la cara decepcionada- Que tarde es ya, tengo que preparar unas cosas e irme.

-No hay problema, me iré entonces. – Su tono bajó por una desilusión notable.

Anduvieron hacia la entrada y en el marco de la misma apoyó Jocelyn el hombro para despedirse. Miró al suelo con disimulo, cargando una vergüenza que le impedía dar rienda suelta a sus antojos. Paulo aprovechó el tierno titubeo de la chica para agarrarla de la cintura, y con un movimiento suave llamó a su cuerpo a pegarse con el suyo. Deslizaba su tosca mano por sus mejillas haciendo un recorrido sutil hasta levantarle con el dedo la barbilla para que pudiera mirarle directamente a los ojos, para mostrarle con sus luceros de esmeraldas un destello sincero que dejaba traslucir el deseo ardiente. Fue entonces cuando la chica se despidió de todo pudor y confió en él. Primero, con dulces tientos, rozaba sus carnosos y húmedos labios contra los suyos, y entonces sucedió un largo y apasionado beso que desde ese instante provocaría, pese a la ausencia física, un recuerdo insistente sobre el otro. Se despegaron del ambiente embebido para darse un último mimo en un silencio agitado. Con una expresión boba cerró, sin pronunciar palabra alguna, la verdad es que no hacía falta.

Volvió por el mismo camino, todavía intentando entender cómo ella había revuelto en unas horas su mundo entero. Las cavilaciones duraron hasta enfrentarse a la imagen de su apartamento que ya destacaba a lo lejos. La soledad infranqueable de su hogar era algo que detestaba, por eso al llegar se bebería una copa de whiskey después de la cena. Se detuvo un momento para sacar del bolsillo un cigarrillo que calmaría su espíritu agitado y siguió caminando.

Paulo Di Santo se consideraba a sí mismo un hombre de muchos defectos, uno de ellos era que con una frecuencia habitual llegaba diez minutos tarde al trabajo. También se consideraba un hombre que odiaba muchas cosas, y en una posición especial se encontraba su empleo en la cafetería. Pocas cosas se salvaban, una de ellas era que trabajaba junto a su mejor y único amigo, Jackie. Otra era el olor sereno a bollería recién horneada que le recibía nada más cruzar las puertas. Todo se iba al garete cuando escuchaba el grito ronco como un taladro que profería su jefe al primer paso que daba en el establecimiento. Le sermoneaba casi todos los días con el mismo discurso sobre la puntualidad, haciendo hincapié de vez en cuando en su posición superior que le daba la potestad necesaria para mandarlo a la calle cuando se le antojase. Paulo sabía que eso no pasaría jamás pues nadie ocuparía su puesto dada la fama que se labró su jefe en la ciudad con el pasar de los años. Era un hombrecillo bajo y horondo que se valía del poder de su voz para imponer respeto. Su semblante siempre era de una seriedad mayúscula sólo diluida por el asco de su mirada, era mezquino, arrogante y faltón, y por encima de todo la principal causa del aborrecimiento hacia el trabajo.

-Joder, no aprendes nunca, no sé cuántas veces tengo que repetírtelo para que te enteres. Cualquier día me canso y te mando a la mierda. – Lo examinó con repugnancia de arriba abajo como era de costumbre.

-Sí, ya, lo de siempre. Bueno déjame pasar al vestuario y así podré ponerme manos a la obra.

-Ya estas tardando coño.

Se cambiaba en un cuartillo húmedo y sin apenas espacio que le preparaba para la vuelta a la monotonía de la semana. A medida que iba poniéndose la ropa su ánimo se arrastraba por el suelo hasta que llegaba la hora de marcharse. Se dirigió a la cocina donde se encontraba Jackie, y al segundo de verle ya relució su característico rostro de buen humor. Bromearon sobre su jefe y las retahílas que le caían al entrar, Jackie siempre conseguía levantarle el ánimo. Se conocían desde el momento en el que un chico sombrío de dieciséis años se mudó a la casa de al lado, compartiendo pared con Jackie y su familia. Le llamó la atención desde el primer momento por la mortaja de soledad con la que cargaba el chico, Jackie fue el primero en acercarse con su sociabilidad innata, al principio con pequeños pasos para que no rehuyese de él y así, con el pasar del tiempo llegaron a ir a la misma universidad e incluso a compartir apartamento. Se fue a vivir con su tía, conocida en el barrio por ser una mujer maniática que rara vez se la veía por la calle salvo por los domingos que acudía infalible hacia la misa. Jackie jamás le preguntó por qué vivía con ella, esperó con paciencia de oro hasta que el chico le contó a trizas su historia de desgracia.

Charlaban para amenizar las fatigosas jornadas que hastiaban a ambos hasta el extremo, y es que si no se tuviesen el uno al otro no habría nadie trabajando allí. Cuando Paulo comentó que quedó hace unos días con una chica la conversación tomó un tinte serio camuflado por la personalidad simpática de Jackie.

-Se llama Jocelyn, hace tres días tuve una cita con ella y todo fue fenomenal. Sinceramente me gusta, no veo la hora de quedar de nuevo con ella.

- El mes que viene ya te habrás olvidado de ella, como de todas las demás- lanzó el comentario con un aire de reproche. Él lo sabía mejor que nadie, nunca mantenía una relación por mucho tiempo.

-No, esta es distinta, créeme, tiene algo especial. Además todavía es pronto para decir nada, sólo hemos quedado una vez.

-Venga ya, sé un poco más realista, te aburrirás de ella tarde o temprano.

No sé cómo puede pasarte siempre lo mismo, pero te acaba pasando.

-Sé que ya son muchos años diciendo lo mismo, pero…- suspiró con dejadez, dejando caer la mirada al suelo, señalando que su amigo tenía razón.

-Mira, si me dices que te parece especial te creo, al fin y al cabo eso sí es algo que no dices a menudo, me alegra saber que de verdad te interesas por esa chica, que le ves algo. Si es así adelante, sal con ella, pero no la dejes tirada -le sorprendió con una sonrisa, un gesto que él siempre valoraba.

Las horas pasaron, se aproximaba el momento de poder irse a su casa. Le tocó fregar el suelo antes de terminar como dictaba la alternancia entre Jackie y él. Realizaba la labor con una somnolencia causada por el mal dormir de las pasadas noches. Su reflejo borroso en la baldosa evocaba un pensamiento difuso sobre su futuro. Desde pequeño quiso ser escritor, En el fondo todavía quería serlo. Pese a ello la desdicha aplastó todos sus sueños y planes. A él ya no le importaba, sólo se preocupaba por seguir un día más en el mundo y tener el suficiente dinero para costearse sus dos o tres vicios. La pasión se desvanece con los años como se deshoja un árbol, a todos les llega su otoño, el momento en el que pisan sus sueños en pos de una cotidianidad aborrecible. Así lo veía quien la vida le ha enseñado a no aferrarse a nada. Ya se había deshecho de la ropa de trabajo, se colgó la mochila a la espalda y se dispuso a salir cuando un alarido recorrió todo el establecimiento, su jefe lo llamaba desde su despacho. Abrió la puerta despacio pero sin temor, no sabía qué podría esperar de la citación pero imaginó que nada grave.

-¿Me has llamado?-preguntó con sarcasmo.

-Claro que te he llamado, si no te has enterado es que estas sordo.-El sarcasmo no era arma válida contra su idiotez- Sólo quería decirte que aquí ha venido alguien preguntando por ti. Como no quería molestarte mientras limpiabas dijo que te esperaría en el callejón de atrás.

-¿No sabes quién era?

-Qué se yo, será que tienes un admirador.- No levantó la cabeza del montón de papeles que tenía sobre el escritorio.

La citación se presentaba cuanto menos misteriosa, y es que por muchas vueltas que le diese Paulo Di Santo no podía vaticinar quién le esperaría tras la puerta de metal gris que separaba la cafetería de la lúgubre callejuela. Abrió con decisión y en un principio no descubrió a nadie, tuvo que ir hacia delante y luego girarse hacia la derecha para contemplar a un hombre de espaldas que portaba un elegante traje. Cuando se volteó una ira súbita lo cegó por completo al vislumbrar un rostro reconocido que no

veía desde hacía ya muchos años pero que jamás sería capaz de olvidar. Su corazón bombeaba sangre con un nervio inaudito a medida que se acercaba al encuentro, su mente se debatía a la carrera entre darle un puñetazo directo o insultarle hasta que se quedase sin aire en los pulmones y ya entonces arremeter contra él. Más tarde reflexionó sobre el motivo por el que no se decidió a hacer ninguna de las dos cosas sino que resolvió en tragarse su enojo y escucharle.

-¿Qué haces tú aquí? ¿Crees que puedes presentarte aquí sin más después de las cosas que has hecho? ¡¿Después de dejar a mamá sola en ese estado?! Debería escupirte en la cara ahora mismo.

Su padre se encontraba frente a él, elegante como el diablo y retador como antaño pero con signos de una vejez inminente que se hacía notar en su semblante calmado. Tenía el pelo cenizo peinado hacia la izquierda, el rostro afilado y la tez morena con algunas arrugas repartidas junto con unos ojos de Jade puro que Paulo Di Santo le robó al nacer.

- Me lo merezco. Sabía que ibas a reaccionar así, estaba preparado. No vengo aquí a rogar por tu perdón, tampoco estoy en condiciones de exigirlo, pero creo que te mereces una explicación. De ti dependerá creerla o no.

Toda la escena era algo impensable, fue el mismo que huyó cuando el infortunio atizó más fuerte que nunca su familia, el mismo que en todas sus memorias aparecía como un ser distante y frío que nada tenía que ver con su madre. En aquellos momentos su interior era un volcán que no encontraba la forma de estallar y todo el magma se le atascaba en la garganta.

-Creo que no tienes ni idea de cuánto sufrimos por ti y déjame decirte que dudo mucho que lo que vayas a contar cambie mi forma de verte. –Se dispuso a marcharse cuando su padre le agarró del brazo.

-Espera hijo, tienes que entender muchas cosas- Su voz cansada pero profunda provocaba un efecto embelesador. La serenidad imperturbable de Alexander era una cualidad incuestionablemente útil a la par que siniestra.

El hijo frenó en seco pues siempre vive la curiosidad en las entrañas de los seres humanos.

-Cuando a tu madre le diagnosticaron esa enfermedad me vi en la obligación como doctor y como marido de intentar buscar por todos los medios posibles una cura por mi cuenta. En esa época gastamos muchísimo dinero, sobre todo porque estaba costeando todos los análisis que le hacían a tu madre además de mi investigación por separado. – Se fue amilanando en un gesto doloroso.- Lo intenté, te juro que lo intenté

hasta quedarnos arruinados. Tu madre, como siempre tan testaruda, me decía que me diese por vencido, que sólo me preocupase por el futuro de nuestro hijo. Qué tarde es cuando te das cuenta de los errores que cometes. Debí de hacerle caso. Si lo hubiese hecho por lo menos te tendría a ti y no me verías como un monstruo. Pero mi amor y orgullo se aliaron para que en mi última esperanza recurriese a métodos de financiación poco legales.

-¿Recurriste a las mafias para seguir buscando una cura?- Palidecía con cada frase.

-Así es. No quise que tu madre ni tú os enteraseis de lo que hice, de lo bajo que caí. Pero compréndelo, tu madre se estaba muriendo, estaba dispuesto a arriesgarlo todo por arrojar un poco de luz, un poco de esperanza. Ella nunca hubiese aceptado ese dinero sabiendo que pondría en peligro a nuestro hijo, por eso tuve que tomar una decisión: Abandonaros y trabajar para ellos lejos de casa por la ínfima posibilidad de encontrar una solución o poneros en peligro quedándome aquí. Ya sabes qué elegí. Corté todos los lazos posibles con ustedes para que no os descubrieran y me fui sin dejar rastro, desaparecí de vuestras vidas para que estuvieseis a salvo.

Una capa de duro silencio cubría la escena. El hijo no sabía cómo reaccionar o qué decir, se encontraba todavía digiriéndolo todo. Toda palabra salida de Alexander era para él un disparo a quemarropa.

-Trabajé como un esclavo largos y tediosos años, pero jamás di con el remedio. Tu madre padecía un mal nunca visto. Su corazón se pudría poco a poco por una necrosis expansiva, la estaba devorando lentamente y yo no podía hacer nada para evitarlo – agachó la cabeza-. Me sentía impotente, por mucho que lo intentase nada daba resultado. Cuando me llegó la noticia de que había muerto sentí como todo lo que había hecho, los progresos que creí haber conseguido, no valieron para absolutamente nada. Se llevaron a tu madre, nos la arrancaron de los brazos. Esa condenada enfermedad terminó con todas sus fuerzas, y estoy seguro de que aguantó hasta el final. Así era ella. Y yo me encontraba en un lugar perdido del mundo, sin poder hallarle ya nada bueno a la vida. Pero te tenía a ti, mejor dicho, sólo me quedabas tú. Cuando saldé mi deuda volví a mis servicios como cirujano. Mi único objetivo era ahora amasar una fortuna suficiente como para poder viajar a la ciudad, comprar una vivienda cercana a la tuya y así poder verte de nuevo. Ni un solo día pasó sin que pensase en ti hijo mío, incluso me vi tentado por volver cuando tu madre murió, pero tenía la certeza de que sabrías cuidarte sólo.

Se cruzaron las miradas. Los tiernos y humedecidos ojos del hijo enfrentados a unos resbalados de amargura y cansancio. Pintada en el cielo la luna y bajo ella dos figuras, una ahogada en sollozos y la otra con la impasibilidad característica de antaño. Nada le dijo Paulo a su padre

cuando se marchó, seguía navegando marcado por la confusión de los sentimientos encontrados, pero algo había cambiado.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2: Ojos de diablo

-Deja de comerte las uñas, no hay por qué estar nervioso, será algo rápido.

Se encontraban los dos en una sala de espera pintada de colores claros en un intento de transmitir serenidad. Jackie se estiraba hacia atrás dado que su altura le dificultaba encontrar la postura correcta en una silla tan pequeña, se removía su pelo de centeno mientras distraía a Paulo de su terror infantil por las consultas.

-No estoy nervioso, es solo que no puedo estar quieto sin hacer nada durante tanto tiempo, la espera me mata.

La recepcionista pronunció el nombre del paciente y los dos chicos se metieron en la habitación donde les aguardaba el doctor con su bata blanca y la calvicie producto del cúmulo de sabiduría. Se levantó para recibirlos con una cordialidad necesaria para forjar un vínculo de confianza clínica entre ambos. El médico notó por la experiencia de los años la tensión de Paulo, así que en vez de entrar sin preámbulos al tema concerniente rodeó con una charla amistosa que nada tenía que ver con el motivo de su citación. Cuando tuvo que adentrarse en terreno fangoso lo hizo con una sutileza experta que evitó cualquier rechazo posible del sujeto.

-Dígame con qué frecuencia sufre usted esos sueños tan agitados.

-Son algo recurrente desde que se dio el primero hace ya dos meses, suelo tener pesadillas unas cuatro veces a la semana.

-¿Qué ve en esos sueños señor Di Santo?

-Es difícil de explicar. Nunca es el mismo sueño, pero suelen repetirse unas imágenes fugaces que despiertan en mí un miedo infundado.

A veces soñaba con terrores evocados del pasado que lo obligaban a revolverse en el lecho, otras se veía frente a enigmáticas situaciones que sospechaba guardaban un secreto en su enrevesada metáfora, pero ninguno dejó un recuerdo tan vívido en su cerebro como el primogénito. Siguió un examen minucioso con el fin de identificar el origen de sus males. El elenco de preguntas iba desde sus hábitos diarios hasta experiencias traumáticas de niñez. Sentado en su escritorio anotaba en un cuadernillo pintarrajeado de letras alargadas, se mesaba la barba cada

poco tiempo en un intento de comprensión, aun así cuando llegó el final del cuestionario no había alcanzado una respuesta concreta.

-Es extraño ver a un adulto de veinticinco años sufrir un trastorno así. No presenta síntomas de recuerdos reprimidos o inestabilidad emocional. A pesar de que no suelo hacerlo, voy a recetarle unas pastillas. No se alarme, sólo son para asegurarle un sueño de calidad. Por lo visto necesitaremos más sesiones para determinar el método más adecuado de proceder con su caso.

-Claro, como las consultas son tan baratas – pensó.

Se despidieron para no verse nunca más, pues Paulo decidió que era una bobada acudir a terapia, además de que su situación económica no le permitía el lujo de asistir a las mismas. Si acabó yendo fue por la insistencia de su amigo al enterarse de las noches inquietas que lo atormentaban.

Ya fuera se dirigieron a comprar el medicamento de Paulo con la esperanza de que surtiera algún efecto. En ningún momento mencionó Jackie el problema que atañía a su colega pues sabía que no solucionaría nada, en vez de eso le levantaba el ánimo con su personalidad radiante. Paulo se preguntó muchas veces cómo una persona en su misma situación podía ser tan feliz, por otro lado esa dicha contagiosa era una de sus mayores virtudes y el motivo principal de su relación.

Terminaron de comprar y ya tomaron el camino a casa. El semáforo que tenían delante se puso rojo, todos los caminantes pararon y los coches salieron a la carrera con una celeridad estrepitosa, como si llevasen media vida esperando el verde. Cada una de las personas que formaban el cúmulo se hallaba distraída con alguna fuente de entretenimiento, charlaban, usaban los móviles o simplemente se abstraían en pensamientos repentinos y absurdos que amenizaban la espera. Tras los dos jóvenes se encontraban un niño y su padre discutiendo sobre ir o no al dentista. El niño sostenía que no quería por el miedo que producían esos señores con mascarillas de tela y máquinas ruidosas, por el contrario su padre reiteraba que no era algo sobre lo que pudiese decidir, se trataba de una orden. El pequeño desató una rabieta de muecas y pataleos que irritaron enormemente al padre por la vergüenza que le producía la escena. Zarandeó al niño del brazo con más fuerza de la debida y consiguió que saliese empujado hacia adelante, chocando así con Jackie. Él se encontraba al frente de todo el pelotón de personas, así que sería el primero en tropezar con el bordillo y caer hacia la tromba de coches que seguían la misma dirección. Uno de los tantos coches que debían de circular ya se abalanzaba hacia el cuerpo que se desplomaba sin remedio, todos pensaron que el último automóvil de la fila sería el que se llevaría por delante su vida. Entre una marea de brazos estirados se encontraba también el de Paulo, quien ya maldijo mil veces por dentro. El tiempo se

volvió algo fangoso, se podía apreciar cómo se aproximaba el vehículo y cómo nadie podía hacer nada en el mar de pánico formado. Paulo pensaba una y cincuenta cosas a la vez en aquella situación sacada de una obra trágica. Esto no puede estar pasando, se repetía, no puedo perder a otro, y menos de esta manera. Lo embriagaba la languidez de la impotencia. Cerró los ojos, se sentía incapaz de ver tan demoledora escena. Sintió unos lazos acogedores que serpenteaban por su cuello y hombros brindando calidez, formuló el deseo en vano de salvar a su compañero de su irremediable accidente, y sin esperarlo una inmensa extenuación lo doblegó hasta el suelo. Seguía percibiendo un escenario completamente negro, oía jaleo a su alrededor, empujones, chillidos y exclamaciones que se difuminaban a la vez que se veía inducido hacia un letargo de sosiego. En las insondables tinieblas distinguió una risa distante seguida de palmadas que cada vez de hacían más notables, hasta que una de ellas consiguió despertarle por fin. Lo primero que consiguió vislumbrar fue a una mujer observándolo desde una posición cenital y preguntándole si se encontraba bien. Estaba tendido en el asfalto cuando recordó qué estaba ocurriendo, se levantó con la ayuda de la muchacha y pudo contemplar con un suspiro eterno que Jackie seguía vivo. El coche en cuestión estaba incrustado en un matorral frondoso a un lado de la carretera, tras él las marcas de la rueda y su derrape mortal todavía eran visibles. Hablaron con los paramédicos largo y tendido sobre lo que había sucedido. Los examinaron para ver si se encontraban en condiciones estables y cuando comprobaron que todo estaba en orden los dejaron marchar. A su lado pasó el conductor del vehículo que tenía varias costillas rotas pero nada que pusiera en peligro su vida. Al hablar con Jackie este le reveló que había estado inconsciente durante quince minutos, lo calificaron como un desmayo ocasionado por la angustia.

Se sentaron en el banco de un parque cercano a reflexionar. Paulo miraba confundido cómo las primeras estrellas asomaban en el firmamento y Jackie se sorprendía por la simpleza de seguir respirando. Uno de ellos sacó dos cigarrillos de un paquete maltrecho y los dos fumaron aguantando el filtro casi caído cerca de la comisura de los labios.

-No tengo ni idea de lo que ha pasado –decía sin apartar la mirada del cielo y las luces- pensaba que ibas a morir, te resbalabas de mis manos, te ibas a esfumar para siempre. Deseé que te salvaras, lo deseé con tanto fervor que creo que alguien me escuchó.

-Me alegro de que desearas eso. Yo también pensé que no lo contaba, joder ha sido algo muy extraño, me he salvado por una reacción del conductor en el último segundo. Pero de qué vale ahora pensar en ello, sigo vivo y eso es lo que importa – colocó la mano en el hombro de su compañero y este no se sentía en el mismo lugar.

-¿Por qué crees que te has salvado?

-El destino no ha querido que muera hoy.

Paulo Di Santo siempre pensó que las estrellas sólo existían para embellecer la noche, pero en aquel momento dudaba incluso de eso.

Ya de vuelta en su apartamento se postró en el sofá, destrozado por completo. Encendió la televisión para desviar las incógnitas que lo acechaban y tras lo que duró la película se fue a su habitación para intentar acabar con el bloqueo literario, pero otra vez más se quedó contemplando la ventana y los edificios que reflejaba sin llegar a dar con una idea digna de ser escrita. Acudió a los libros en busca de una inspiración que lo alcanzara como un trueno y sin quererlo se vio recordando el momento en el que su padre le habló de la literatura. Alexander era un lector ávido, devoraba los libros sin amor, sólo con el objetivo de exprimir sus lecciones y juzgarlas como válidas o no válidas. Cuando se percató de la emergente inclinación de su hijo por las letras sólo le dedicó una frase que Paulo llevó contrariando toda su vida: El libro bueno es el libro práctico, si sólo consigue disuadirte de la realidad no merece la pena. El padre repudiaba la literatura que no consideraba útil. Se atiborraba de libros científicos, jurídicos, económicos y alguno que otro filosófico, pero jamás se le vio disfrutando de un escrito que no dejase ver su objetivo desde la primera frase. Era un hombre que sin duda encerraba un vasto conocimiento, pese a ello siempre lo consideró como un estúpido por ser incapaz de apreciar el arte oculto en cada página.

Tras la lectura alcanzó el bote de pastillas cercano a la carta sellada en su mesilla, se tragó el medicamento y averiguó después de varios intentos la postura idónea para el reposo. Actuó de forma apresurada como inductor del sueño y en uno de los tantos parpadeos se descubrió incapaz de volver a abrir los ojos. Un agujero insondable. Nada se podía ver ni oír al final, ni si siquiera podía saber si tenía fondo, desde ahí arriba parecía interminable. Ya se asomó al abismo muchas veces y era incapaz de encontrar otra vía en vista de la niebla ceniza que se mezclaba en la atmósfera privada de vida. Qué tan malo podía ser saltar si no existía salida, se arrojó impávido a la incertidumbre total. Era ligero, sólo las capas de aire que aplastaba le hacían recordar que no lo era tanto, el siseo del viento curvando en sus orejas y el hormigueo esparcido. Qué más daba. Lo único que merecía su atención era el éxtasis del momento, único e irrepetible. Una fuerza impasible le golpeó el pecho en plena caída, con tal brusquedad que sintió volcar todo el espacio como si un reloj de arena diese la vuelta, y ahora caía de espaldas. Chocó contra el suelo de tal manera que le fue arrebatado de un plumazo el aire guardado en el pecho. Se irguió como pudo y echó un vistazo alrededor, pisaba un terreno que no era capaz de ver, sólo tenía la sensación de que algo plano se extendía bajo sus pies. Tinieblas extendidas por todos lados y sólo una luz tenue que le servía para ver a pocos metros de donde estaba. Se

percibían pasos descalzos en la lejanía, allá donde reinaban las sombras. Hizo su entrada abriéndose paso entre la penumbra, despejando la noche existente, un cuerpo siniestramente familiar que con sólo atisbarlo a lo lejos consiguió erizar sólo con temor cada fibra de su piel. Era él mismo el que se asomaba a la distancia. Tuvo el augurio fatídico de palpar el mismo sueño que el primero de todos, comprendió que un suceso terrible estaba por acontecer.

-Por fin has aceptado mi invitación, Paulo.

El hombre calcaba a la perfección su fisionomía a excepción de dos aspectos: Sus ojos carecían de color alguno, eran de un negro puro e incomprensible. Tampoco poseía ombligo, la marca indiscutible de haber nacido.

-Esto es sólo un sueño, nada de esto es real, y tú tampoco lo eres. –Cualquiera podía identificar la flaqueza de su voz y la duda en sus palabras.

-Ah, ¿Y cómo puedes explicar entonces la inesperada salvación de Jackie?

-Así que fuiste tú

-Existen muchas verdades que no llegarías a entender y sin embargo están ahí, lejos de vuestra comprensión. Mi presencia misma es para ti un enigma. –Su tono detentaba la picardía de una baraja de cartas en movimiento- Todas las respuestas te serán concedidas en su preciso momento, pero por lo pronto debes vivir con la evidencia intachable de que estamos conectados por una autoridad que te supera.

-Dime entonces qué es eso que nos une.

-El destino, Paulo Di Santo. No puedes ir en su contra- Asomaba una sonrisa cargada de malicia.

Sin advertir un movimiento en su reflejo, este se trasportó a las espaldas del joven que ya se empapaba en sudor helado.

- Digamos que yo soy tu destino. Todo lo que esté por suceder te guiará de una forma ineludible hasta mí, pues ese es tu sino.

Cuando se hubo girado ya no había nadie. Se topó con la soledad del teatro onírico dando vueltas apresuradas sobre su eje, revolviendo la percepción, desajustando su visión hasta verse sumergido en sus propias preguntas, que quedarían sin responder hurgando en la inconsciencia hasta la ocasión en la que ya no viviría el tiempo.

Pasados ya dos meses y medio desde el regreso de su padre todavía seguía confundido. Desde luego era extraño tenerlo de vuelta, más aun mostrando un interés en él que creyó perdido desde que tuvo la capacidad de reconocerle. Crecían sentimientos paternos nunca antes experimentados, sentimientos que lo conducían a pensar en él más veces de las que hubiese gustado. Ni siquiera daba por fiable la historia que trajo consigo, tampoco la rechazaba del todo, en esencia porque se trataba de lo único a lo que podía aferrarse. Optó por dejar que el pasar de los días mostrase cuales eran sus intenciones sin dejar que predijese por ningún medio el revuelo generado con su vuelta a la ciudad. Ese fue el motivo por el que aceptó la invitación a su nueva casa, para medirlo desde bien cerca.

La fachada de la mansión adivinaba el lujo de su interior, cruzó un camino de piedras lisas en medio del jardín hasta llegar a los portones de roble macizo adornados con cabezas de leones que los hacía parecer defensores inmutables del hogar. Apagó el cigarrillo aplastándolo con la suela y llamó. Acudió una señora de mediana edad, rechoncha y de mejillas rojizas, vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta corta, toda su delantera la cubría un delantal blanco con manchas concentradas en la parte inferior y los bordes. Recorrió falta de disimulo al chico de los pies a la cabeza, ese gesto descarado no le intimidó, es más, le gustó la falta de modales, le parecía un trato más cercano que los engaños de la cortesía. Tras finalizar el recorrido asintió con agrado.

-Usted debe ser el hijo del señor Di Santo, es un chico muy guapo- Su voz se relajó adoptando un tono informal- Pase, su padre lo espera en el salón.

El interior llegaba a sorprender por su amplitud. Nada más entrar se extendía un largo pasillo de parqué oscuro y sobre el mismo una alfombra que rozaba la entrada del salón. A su izquierda subían los anchos escalones que daban a los pisos superiores, dos plantas donde convergían los baños y las habitaciones. Al fondo se hallaba el salón, la luz radiaba dentro gracias a los cerramientos de cristal que exhibían el jardín trasero en todo su esplendor. Se mezclaban muebles y tapicería modernos de un color blanco impoluto con algunas cajas todavía desperdigadas a causa de la mudanza. En un principio supuso que su padre conservaría el decorado tradicional de su antigua casa, con muebles viejos y solemnes que le proporcionaban al hogar un estilo clásico, dio, al contrario de lo que esperaba, con que la vivienda lucía un aspecto moderno y renovado. Alexander aguardaba sentado en una mesa de patas altas talladas con motivos florales. Su hijo entró distraído por los lujos de la sala, cuando se avistaron se regalaron un abrazo que se sintió forzado por la situación.

-Desde luego se ve que no has reparado en gastos – todavía se detenía ojeando, sólo el salón era más grande que su apartamento al completo- te

habrás dejado mucho dinero aquí.

-Ya sabes que ahora mismo no es un problema para mí. Puedes retirarte Helena.

La mujer que había acompañado a Paulo hasta el salón se retiró, no sin antes atacar con una mirada disgustada y discreta hacia Alexander.

-Helena nos preparará café, si quieres podemos hacer un recorrido por la casa mientras esperamos.

-No creo que nos dé tiempo de verlo todo antes de que esté listo.

-Entonces sólo pasaremos por los lugares más interesantes. – Sonrió de manera artificial, pero tan lograda que cualquiera diría que en verdad era feliz.

La primera parada fue el jardín trasero, que parecía estar preparado para el preciso momento en el que abrieron. El sol de un verano primerizo reposaba en las flores que tenía plantadas, ordenadas en una paleta de colores de una diversidad artística. El olor fresco de las rosas traía de vuelta a su memoria recuerdos de su madre guardados con cariño. Su madre solía decir que las rosas tenían un alma tan intensa que eran capaces de atraer la vida a los rincones más decrépitos, por eso eran sus preferidas. Cayó en la cuenta de que a su padre no le gustaban demasiado las flores, sin embargo el jardín estaba regado de ellas, siendo las rosas las más cuidadas y vistosas. Pararon en la cocina repleta de electrodomésticos novedosos, de precios muy lejanos a lo que le permitía su economía. Lo último que le mostró fue un amplio cuarto de invitados que Alexander ofreció para dormir cuando se le antojase, entonces llamó Helena para que acudiesen a la mesa. Dejó los vasos de café hirviendo y con un gesto agradable durante la leve reverencia de cabeza se despidió. Se sentaron en frente uno del otro, en unas sillas de tapicería mullida color carmesí. Dialogaban con precaución cuidándose de no tocar cuestiones incómodas por un bien común. Alexander simulaba un acercamiento estéril al que ya se acostumbró, solo que esta vez quiso considerarlos como un esfuerzo por su parte pues entendía que carecía de un carisma verdadero, sólo fingía poseerlo de una manera impecable. Continuaban con traspiés y silencios incómodos que obligaban a salir temas dispares que no llegarían a ninguna parte.

-No puedo evitar preguntarme qué es lo que andas haciendo para amasar esta fortuna ahora que no tienes tu antigua clínica.

- El tiempo que he pasado fuera no ha sido desaprovechado, eso te lo aseguro. –Sorbió un poco de café. Todavía estaba hirviendo- Es cierto que ya no tengo la antigua clínica, pero abrí más de una cuando estuve fuera. De hecho, ahora mismo tengo tres. Eso ya me da muchos beneficios. Al

llegar aquí conseguí trabajo rápidamente en una famosa empresa sanitaria privada. – Se acomodó un poco más en la silla- Como ves esta casa no me supuso ningún problema.

-Siempre acabas recuperándote, es asombroso. Llegas aquí después de escaparte sin dar explicaciones y acabas volviendo y comprando una mansión. Increíble.

-creo que ya hablé suficiente sobre mí – cortó de forma discreta la conversación- ahora cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida durante estos últimos años? Quiero escucharlo.

-Llevo cinco años trabajando en el restaurante que viste. Si te soy sincero estoy harto de ese sitio.

-Siempre hay una opción que te permite avanzar, además, piensa que hay personas que han estado mucho peor que tú y ahora tienen mucho dinero.

La respuesta lo sorprendió, esperaba el típico sermón sobre el terrible error de no querer estudiar medicina como él pretendía. Desde pequeño Alexander procuró encauzar la educación de su hijo para que siguiese su estela profesional, y aun cuando Paulo escudriñaba los intrincados libros de anatomía siempre tuvo el presentimiento de que no estaban concebidos para él. En su día no tenía palabras para confesar sus deseos de seguir otro camino, su madre le ayudó a entenderse con él y este cedió sin pelear. Pese a que no volvió a insistir, Paulo siempre tuvo la corazonada de que en el mirar inexpresivo de su padre se ocultaba una decepción perpetua.

-Es cierto eso que dices, estoy esperando mi gran oportunidad.

-Las oportunidades aparecen mientras las buscas, hay que salir a por ellas. – Volvió a sorber- tienes que ser tú el que dé el primer paso. Cuéntame, ¿Qué es lo que tienes en mente?

- El trabajo me mantiene ocupado gran parte de mi tiempo, y el que no lo ocupa el trabajo lo ocupa Jocelyn.

-Así que tienes pareja, deberías presentármela algún día.

-Ya veremos…

Alexander quería mostrarse amable y atento con su hijo, pero este claramente no terminaba de ceder a sus intenciones.

-Perdóname un momento, tengo que ir al servicio. –Antes de dejar el

asiento llamó a Helena para que recogiese la cubertería utilizada.

La mujer entró con solemnidad bajo la atención aguileña de Alexander. Cuando le oyó subir las escaleras hacia el baño se relajó con un suspiro notable.

-Vaya padre te ha tocado chico, es una persona extravagante como poco, no te ofendas.

-Tranquila, mi padre siempre se ha comportado con extrañeza, aunque ahora parece que menos.

La mujer se movió silenciosa hasta la oreja del chico y le susurró.

-Me caes bien muchacho, gracias al cielo no eres como tu padre. Cuando me enteré de que venía su hijo me esperaba un joven tieso y pelmazo, pero me bastó con mirarte a los ojos para saber que, afortunadamente, me equivocaba. Sé que no terminas de confiar en tu padre, desconozco los motivos, pero sean cuales sean haces bien. Llevo varios meses trabajando aquí y me veo en la obligación de decirte que es una persona con muchos secretos.

La seriedad de funeral con la que se plantaba Helena le hacía contener toda vacilación que pudiese rebatir su postura.

- Una vez, cuando estaba yo limpiando su cuarto, me topé con un cajón de su mesilla medio abierto. No parecerá la gran cosa pero de su interior emergía un olor añejo que se asemeja al amarilleo que aparece en las hojas de papel antiguas, solo que mucho más intenso. Miré de lado a lado asegurándome de que no había nadie que me viese fisgonear un poco, y cuando lo abrí no me dio tiempo a girarme, noté una presencia tras de mí. Tu padre me dio tal susto que casi se me salta el corazón, me volví hacia él pálida como la nieve. Me preguntó qué hacía abriendo el cajón, y tu padre sabe guardar muy bien las apariencias, pero en ese momento una ira ardiente chispeaba en su mirada. Le dije que estaba limpiando el polvo de la mesilla y salí andando lo más deprisa que pude de la habitación, con una sensación opresora a mis espaldas como si hubiese una bestia detrás. Yo que tú me guardaría bien de él.

No le dio tiempo a salir de su concentración cuando Helena ya se había ido, segundos más tarde su padre llegó. Cuando ya volvía a su apartamento una nube densa lo perseguía. No toleraba que pensara con claridad, su padre aparecía reflejado como una incógnita viviente, ¿Quién sería en realidad? Dudas, desorden, pesadillas, su padre. Todo se arremolinaba en una vorágine que lo condenaba a un sufrimiento copioso y sin remedio. El destino se la volvía a jugar por segunda vez. Su madre, la muerte,abandono, soledad, oscuridad. El destino es caprichoso y cambiante. El avance en el que nada tuvo que ver Paulo Di Santo lo

empujaba hacia un final incierto, se cebaba en su agonía. Pero ya estaba decidido desde su nacimiento. Si eso es el destino puede irse al carajo.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3: Larga noche

El lienzo en blanco, el reto del artista, crear a partir de la nada. Jackie se encontraba de nuevo frente al desafío. Le gustaba pintar como pasatiempo y nunca se cruzó con la idea de intentar vender sus cuadros, los trataba como algo demasiado personal como para ser expuesto a un público desconocido, ni siquiera había mencionado el tema con Paulo. Se trataba de su ritual solitario, la expresión más íntima de su imaginación. Se llevó quince minutos reflexionando, esperando el soplo de inspiración que le hiciera moverse sobre el blanco como guiado por una mano etérea. Ni siquiera tenía una idea clara de lo que quería dibujar, sólo necesitaba hacerlo, necesitaba empezar y dejar fluir el arte. Dio comienzo a su obra con colores cálidos como el marrón, contorneaba al principio sin saberlo una habitación. Se alegró puesto que ya corría por sus venas la emoción de la creación, añadía detalles ansiando un final que concebiría él mismo y que por ahora desconocía. Una silla, unos zapatos, tomaba la forma de un hombre sentado, con los codos en las rodillas y el torso hacia delante, una pose reflexiva, más bien derrotada. Seguía detallando el cuerpo con la efectividad inconsciente de las máquinas. La piel se tiñó morena, la espalda ancha, las manos bastas. Finalizó el escenario y esculpió el cuerpo por horas hasta alcanzar el cuello, ahí paró para dar un paso atrás y contemplar los designios de su musa. Un aura inquietante envolvía la obra todavía incompleta. Suspiró hasta el fondo y optó por descansar. Salió al balcón, hizo la cena, miró el móvil, todo con la esperanza de encontrar una cabeza para su creación. Cuando quiso dormir, el cuadro seguía en el centro del salón reinando en su ausencia. Las sabanas se le enredaban con cada giro, el calor subía a pesar de la ventana abierta de par en par, no podría dormir hasta no haber finalizado el cuadro. Se colocó frente a él con los pinceles preparados, dispuesto a darle un final que le permitiese dormir en paz. Escogió el color negro sin saber exactamente el motivo y probó a perfilar un circulo que no terminaba de cerrar, daba una vuelta y luego otra, y así varias veces más. El sudor le comenzaba a resbalar por la frente mientras formaba una maraña de líneas oscuras que conformaban una forma esférica. Se alejó atónito. Todo este tiempo no llegó a verlo por el impulso irrefrenable del pincel, paró a repasar los detalles y todo coincidía en su cabeza a pesar de que nadie podía confirmarlo. A quien había dibujado durante todo este tiempo era a su mejor amigo.

Paulo y Jocelyn se enamoraron hacía ya casi cinco meses y aun así cualquiera que los viera afirmaría sin temer a equivocarse que eran una pareja con muchos años de historia. Se complementaban las carencias como lo harían las parejas afianzadas en las vísperas de la vejez, como si

cada uno fuese experto del otro, como si cada nueva capa que descubrían avivara el cariño mutuo. A simple vista se podía decir que eran muy diferentes, y ellos se concentraban en reafirmar el dicho, las personas más divergentes acaban por atraerse. Paulo encontró en ella una parte que sin saberlo siquiera le faltaba. Ella encontró un chico falto de amor, que con paciencia y afecto se transformaba en un amante ejemplar. Es cierto que en algún momento los dos pensaron como auténticos novicios en el tema que no se hallarían en el mundo sin haberse conocido. Vivían sus primeros pasos juntos con una pasión desatada.

-Venga vamos a entrar que quiero probarme aquel vestido que vi el otro día.

- Hazlo cuando vengas sola, sabes que me aburro muchísimo en las tiendas de ropa. Yo para comprar no tardo nada.

-Venga por favor, hazlo por mí – sacó a relucir su rostro irresistible contra el que no se puede objetar.

-Bueno está bien – Jocelyn se apuntó una victoria- pero cómpralo rápido.

El primer estímulo que recibió al entrar no fue debido al modesto espacio del que disponía la tienda, sino a un fuerte aroma de canela que se hacía notar, sobre todo para los que no disfrutasen de ese perfume, como él. Fueron directos al fondo de la tienda sin parase con los abrigos para el otoño ni a curiosear los pantalones de temporada. Frenaron justo en frente de una fila de vestidos con estampados variopintos, cada uno único en su tono y diseño. Jocelyn fue surcando con los dedos por cada uno de ellos hasta agarrar como una pinza uno cuyo fondo era negro y sobre él se dibujaban pequeñas flores rojas, blancas y amarillas.

-¡Bien, es este! – Comprobó por el letrero que era de su talla.

Se lo colocó por encima a modo de prueba para mostrárselo a Paulo. Éste se encontraba distraído merodeando cerca de unos zapatos colocados en el suelo y que, en su opinión, eran feísimos.

-Acompáñame hasta el probador- Lo agarró de la muñeca y lo arrastró contra su voluntad.

Ella se tapaba tras una cortina negra en el probador que dejaba una abertura en el lado derecho. Era imposible resistirse a echar una ojeada. En ese estrecho espacio se encontraba ella de espaldas, encarando un espejo que contorneaba su maravillosa figura. Paseaba las manos por sus caderas, las escudriñaba en el reflejo con atención. Se giraba hacia la derecha y miraba, después a la izquierda y miraba de nuevo.

-No te preocupes – Dijo deleitándose con la situación- me encanta esa cinturita que tienes, más aún ahora que la estoy mirando detenidamente… Sí, ese vestido te va a quedar muy bien, pero si te soy sincero me gustas más así.

La chica se dio la vuelta y le sorprendió con su gesto cuco. Disfrutaba siendo alagada con las miradas espabiladas que arrojaba su espectador.

-¿No puedes aguantarte las ganas de mirar un minuto?

-Me lo pones difícil.

Jocelyn rio y con un dedo en la frente empujó la cara de Paulo hacia fuera.

–Pues te aguantas.

Esperó impaciente fuera del vestidor mientras ella se preparaba, corrió la cortinilla y posó con garbo para que apreciase lo bien que le quedaba, cómo le realzaba la figura, cómo complementaba con su piel acaramelada y sus ondulados cremosos. Verdaderamente parecía ajustado sólo para ella.

-Está claro que tienes buen ojo. No creo que ninguna prenda de este sitio te quede tan bien como esa.

-Está claro que solo lo dices para que nos vayamos ya.

-Ya son dos cosas que están claras.

Paulo acabó comprando el vestido a modo de regalo, al salir se dirigieron hacia casa de Jocelyn, hoy cenaban allí. Hicieron un gran trabajo renovando el ambiente repetido, transformándolo en un nido más íntimo y romántico. Decidieron que harían ese día especial aunque nada se celebrase, sólo ellos. Fue espontáneo y en ello radicaba su especialidad. Luces apagadas, velas sobre la mesa, mantel de cuadros blancos y rojos, un palito de incienso impregnado de olores suaves para la sala. Todo era como deseaban que fuese. Repasaban juntos sus recuerdos de pareja, los meses volaban fugaces para los enamorados. Transcurría la cena entre bromas inocentes y confesiones de querencia recíproca, hasta el momento en el que ella preguntó por los padres de él que le eran totales desconocidos. El asunto lo expulsó del limbo agradable en el que se encontraba. De todas formas razonó que era hora de que supiese más de su vida.

-Tu padre llegó hace unos meses la ciudad, ¿Cómo es que no me lo has

presentado?

-Mi padre es una persona muy extraña, y lo digo yo, su propio hijo. –Calló con la esperanza de que la conversación cesara con su silencio.

-Comprendo que le guardes rencor después de lo que hizo, en tu lugar haría lo mismo. Pero parece que tiene una buena razón para volver y plantarse frente a ti.

-Puede ser, pero no lo termino de creer. Fue sólo una sombra durante mi infancia, sólo se preocupaba por que estudiase, nada parecido a la atención que debería haberle dado a un hijo, nada de cariño ni amor, nada de interesarse por qué es lo que me gustaba. Abandonó a su familia justo cuando más lo necesitábamos. Si bien es verdad que parece intentar arreglar las cosas a su manera, ¿Crees que merece que olvide todo lo pasado y lo trate como si su llegada hubiera arreglado toda mi vida? Lo único que me ha dado ha sido quebraderos de cabeza.

Asumió que no debió de mencionar el tema. Con agilidad pasó a hablar sobre su madre, de la que menos sabía y la que más le interesaba.

-Mi madre era el polo opuesto a mi padre. Siempre me he preguntado cómo se pudo enamorar de él. Ella era la que me leía cuentos antes de dormir, la que me preparaba mis comidas favoritas cuando me veía triste, la única que puso todo su esfuerzo en hacer de mi infancia lo que debió haber sido. La he echado en falta desde el día que me dejó.

-Paulo –pronunció mientras alargaba su mano para alcanzar las suyas- ya no estás sólo, me tienes a mí – Le regaló un beso de esos que tranquilizaban.

Devolvieron el aspecto de normalidad al comedor de Jocelyn. Él recogió todo lo que quedó sobre la mesa, encendió las luces y volvió todo a como era antes. Se ofreció incluso a fregar, pero ella se negó. Casi como si de una orden se tratase fue a sentarse al sofá y encendió la televisión. Buscó por los canales alguna película para disfrutar con Jocelyn cuando terminase. Pasando por todos ellos, un noticiario local en concreto le llamó la atención por el letrero de última hora. Un escalofrío lo estremeció por completo. El presentador narraba un trágico asesinato ocurrido en un barrio de la ciudad que quedó flotando en la mente del joven. Las primeras sospechas apuntaban hacia un intento de robo mal parado que acabó con la vida de una trabajadora de limpieza cercana a la casa de donde salió poco antes del suceso, Entonces, como una centella que desgarra el cielo llegó a su mente un presagio funesto. Conocía el lugar, y por desgracia también a la víctima. Helena Sanna, cuarenta y dos años, apuñalada cuatro veces en el torso. La reacción tardó en llegar, todavía observaba la pantalla con ineptitud sin llegar a procesar por completo la devastadora noticia. Se levantó con una histeria nublada y agarró su

chaqueta para salir de una carrera a la calle. Se fue dejando la puerta abierta y ninguna explicación para la chica que quedó observando la desconcertante situación. La luna estaba ya alta cuando Paulo Di Santo aceleraba ahogado como un perro por las calles, sin darle importancia a lo que había a su alrededor, no cesó la marcha ni un instante. Trotaba asfixiado como si la muerte le pisara los talones. Bandas amarillas cercando la calle, agentes de azul y negro que hacían de veladores del cuerpo, y este en el suelo tendido, tapado con una manta blanca. Tuvo que forzarse a mirar, necesitaba esa evidencia empírica para aceptar el hecho de que, esa mujer tan cercana y risueña con la que pasaba los mejores momentos en las visitas a su padre, yacía muerta en el gélido asfalto. Entre la masiva cantidad de personas que acudían por el deshonroso sentimiento morboso de presenciar una escena de tal atrocidad, cruzó miradas con su padre, este se encontraba sometido a una declaración policial. Tras zafarse de los agentes marchó hacia su hijo arrastrando la pesadumbre de un condenado.

-Qué tragedia, me pregunto quién tendría la sangre fría de asesinar a una mujer que no le haría daño a nadie. Espero que lo encuentren pronto.

No sabía cuál sería la respuesta adecuada en aquella situación, las palabras se le hacían un nudo en la garganta y de lo único que estaba seguro era de que no quería estar allí.

-P…pero si ayer mismo hablé con ella. – El rostro de espanto no desaparecía.

-La vida siempre golpea más duro cuando no lo ves venir.

-Joder, no puedo imaginas quién podría hacer algo así. Justo en su camino a casa. En este barrio donde nunca ocurre nada.

En ese instante se le concedió un recuerdo de una nitidez absoluta, resonó la advertencia del primer encuentro con ella: "Yo que tú me guardaría bien de él". Cuando Alexander volvió a mirar a los ojos de su hijo sólo pudo distinguir una repulsión que lo encontró desprevenido. Paulo no respondía a pesar de que le hablaban, cualquiera diría que murió de pie justo ahí. Comenzó a marchar haciendo caso omiso a las llamadas ya lejanas de su padre, y es que un pensamiento retorcido se había infiltrado en él. Pensaba en su padre con tanto odio que pensaba ya sin quererlo. Era una paradoja inevitable, lo despreció tanto durante su vida que se habituó sin saberlo al rencor, y el asco tornó en duda. ¿Quién era en verdad su padre, quien se esforzaba en pretender ser o quien Paulo veía?

Cuando volvió con su pareja halló a esta sentada, acongojada, ajena a todo lo acontecido. Cuando le vio entrar se arrojó hacia él avasallándolo con toda clase de preguntas acerca de su repentina escapada. Él la miró con una apariencia adusta, no escuchó nada de lo que ella le dijo. Los ojos

se le comenzaron a humedecer y quiso ocultarlo con un beso, pero los besos son delatores, demasiado expresivos para mantener los secretos.

-Jamás te acerques a mi padre.

La noche transcurrió intranquila, Paulo se apoyaba en el alfeizar de la ventana del dormitorio, miraba taciturno hacia la ciudad, llena de luz para contrarrestar la insondable nocturnidad una copia descarada del cielo y las estrellas. Se consumía tan rápido como lo hacían los cigarrillos, uno tras otro. Su chica lo esperaba en la cama, observándolo de espaldas, fantaseando sobre cómo se vería su rostro en esos momentos de introspección.

-Me dijiste que ibas a dejar de fumar –dijo intentando llamar su atención.

-¿Lo dije? Puede ser, pero no hay momento en el que lo necesite más que ahora.

No podía seguir viéndolo de esa forma, ¿para qué estaba si no? –Pensó- Dejó la cama para acercarse y lo arropó con sus brazos desnudos, tiernos, de un calor único.

-Dime qué te pasa, estoy aquí para apoyarte ¿Sabes? Confía en mí – Sus palabras salían en susurros adormecidos, cálidos como lo era su voz.

-Mi padre, estas pesadillas, la muerte de Helena. Todo tiene una relación que todavía no soy capaz de entender. Ni siquiera tengo pruebas de ello, pero algo me dice que es así.

-Paulo, sé que todo está yendo muy rápido para ti, todo te viene de golpe, y ahora esto. No tienes tiempo de razonar qué ocurre. Es normal que relaciones a tu padre con todo esto por tu rencor hacia él ¿Pero qué ganaría matando a su propia asistenta? Lo descubrirían en poco tiempo, es el primer sospechoso.

-Helena me dijo que me cuidase de él.

-¿Crees que tu padre sería capaz de llegar a matar a alguien?

-No… No lo sé, no conozco a mi padre, no se deja conocer.

-Hay personas que son frías y distantes, pero ello no significa que sean malas, yo misma he conocido gente así.

-Mi padre es distinto.

-Desde que llegó lo has visto varias veces y has venido contando que

intentaba ser más cercano contigo. Puede que haya cambiado sólo por ti.

Paulo se mantenía resguardado en el silencio mientras ella se deslizaba hacia su cuello y lo rozaba con labios sedosos. El estado de dureza impasible se derrumbó por el anhelo de las palabras que le pronunció al oído. Todo va a salir bien. Ojalá pudiese haberla creído con la misma convicción que se volteó para besarla hasta acabar desparramados en el camastro, haciendo un amor lento de mutuo disfrute, un amor que despejaba la mente, pero sobre todo un amor para olvidar. Se halló después conciliando el sueño gracias a la luz lunar que se escabullía por las rendijas de la persiana, el viento azotando las ventanas a latigazos y una paz otorgada por alguien que de verdad se sintiese ocupando un espacio en la cama.

Había una araña de patas larguiruchas, afiladas como agujas. Se movía hábil por las telas que concebía aun cuando su tamaño era desproporcionado. Se balanceaba por un marco gigantesco que llegaba hasta donde alcanzase la vista, todo estaba cubierto por la obra de la araña, y esta seguía tejiendo y tejiendo pues ese era su fin. Desde las sombras recónditas apareció sin ser visto ni oído un gato pardo. El felino se movía con gracilidad mientras acechaba sin descanso a la araña, y al igual que esta era para tejer, el gato era para destrozar con sus garras los hilos de la araña. Con un sigilo propio caminó hasta la ubicación de la araña, esta estudió sus hilos delatores y vaticinó el ataque sorpresa del felino. Era rápido, de un enérgico salto se posó sobre la araña y sacudió las uñas preparado para asesinar a la guardiana imperturbable, el arácnido se revolvió entre sus pegajosos hilos en vista de su muerte inminente y atrapó al gato en ellas. Despedazaba innumerables barrotes para no quedar atrapado tras ellos y dejar su vida a los designios de la infame araña. Pero se hundía en algo de lo que no podía escapar, y aun así jamás dejaría de arañar incansable, era lo único que podía hacer. La araña seguiría tejiendo y el gato seguiría destrozando.

-Volvemos a vernos

Cuando abrió los ojos ahí estaba él, la copia de sí mismo que le revolvía la calma del sueño.

-¿Dónde estamos? – Estaban flotando por la inmensidad de un espacio obscuro, de nebulosas deformes, estrellas relampagueantes, espirales cósmicas y estelas celestes.

-Estamos en un sueño, es obvio- Ya asomaba su sonrisa burlesca- Es curioso cómo soñáis sin saber qué es lo que significa soñar, sois ajenos a la verdad del sueño, que es, por decirlo de alguna forma, como viajar en una burbuja por universos distintos, realidades desconocidas por vuestra especie y fuera de vuestro entendimiento. Pero sois inteligentes, os recubrís con una fina capa y sólo percibís sombras proyectadas de algo

sobrecogedor. A pesar de todo, existen seres que pueden interferir en vuestra pequeña expedición y vuestra mente reacciona con pesadillas ante la invasión, en última instancia os expulsa de la burbuja y os aleja de todo peligro. Yo soy uno de esos seres con la capacidad de entrometerme en sueños ajenos, pero tu caso es extraordinario, eres tú el que viene a mí siguiendo un trayecto específico.

Intentaba mantener la cordura tras la explicación en apariencia ilógica, pero que suscitaba una creencia férrea en las palabras del espécimen. A fin de cuentas soñaba con una lucidez tal que sólo distinguía el ensueño de la realidad por medio de la verosimilitud de los sucesos.

-Dime entonces, criatura, cuál es tu nombre. – Habló con los puñados de valentía que le brindaba el pensamiento de que nada malo podría pasarle en esos momentos.

-Siempre tan ansioso de respuestas, Paulo Di santo. Los pocos que me han conocido me nombraron Edhel-Thurin. Siempre habéis suscitado curiosidad en mí, por ello os vigilo desde hace milenios.

-¿Y en qué te puede interesar alguien como yo si puede saberse?

-Tu pasado, tu presente y tu futuro. Tu vida, tus amistades e incluso tus amores. Las personas que creen ser más interesantes acaban siendo las más aburridas.

-¿Qué sabrás tú de la vida y del amor?

-Es cierto, no sé nada sobre eso, justo ahí radica mi interés. Intento comprender qué es ese sentimiento irracional que os mueve, ese apego lamentable a la vida, el por qué actuáis como lo hacéis. Yo jamás nací y jamás moriré, todo carece de sentido para mí, y sin embargo en vosotros he visto algo digno de analizar. Arremetéis con todas vuestras fuerzas contra un poder como el mío. Controlo cada paso que dais, cada encuentro, cada acontecimiento, y seguís tratando de sobreponeros a mis designios.- su voz denotaba cada vez una emoción mayor- Es un espectáculo maravilloso. Yo, Paulo, soy el modelador del destino, y ni siquiera yo puedo entenderos, por ese motivo mi único deseo es pisar la tierra y vivir una vida yo mismo. Ahí es donde entras tú. Carezco de cuerpo físico, en tus sueños utilizo tu cuerpo para que seas capaz de verme. Necesito un préstamo, un cuerpo para vivir.

Los músculos se tensaron en una congelación brusca y su respiración se entrecortaba por momentos. El corazón galopaba salvaje por un miedo innato en la humanidad, el miedo a lo desconocido, y para él no había algo más incierto que su destino. Mientras tanto el farsante daba vueltas a su alrededor hundiendo en él sus aciagas perlas. Sabía que se deleitaba con el temor del hombre, su discurso fue bien medido para causar aquel

efecto.

-Oh vamos, no me digas que no lo veías venir – Se regocijaba en una risotada que demostraba la perfidia en su esencia- Tranquilo, ya no queda mucho – Le acariciaba la cara estática como el que aprecia una escultura en mármol.

-Tú has sido entonces el causante de todas mis desgracias – Un fuego repentino avivó su carne, lo dotó de un coraje que mantenía escondido- Esto será,pues, una guerra. Combatiremos el uno contra el otro.

-¡Eso es, demuestra tu humanidad! Pelea con todo lo que tienes, rétame. Pero en el fondo comprendes que no hay nada que se pueda hacer contra el destino, eres tú contra un poder ilimitado. ¿Qué harás, Paulo? Estoy deseando verte – Su voz quedó colgada en forma de eco, reverberándose sin descanso en el espacio.

Cuando quiso darse cuenta ya había despertado y se encontraba prendido por la determinación heredada de enfrentar lo imposible, de conquistar lo inabarcable.